

reescrita, apocalipsis, literatura sapiencial, obras poéticas, burla de los ídolos y las obras de Filón y Josefo. Es fácil comprobar cómo solo tal organización, en la que siempre subyacen razones y formas de percibir los documentos, podría ser motivo de amplios desacuerdos y complejos debates.

A pesar de los numerosos libros en torno al judaísmo del Segundo Templo, no es habitual encontrar una sección dedicada a la arqueología que no se limite a los hallazgos del Mar Muerto. Éste es uno de los puntos fuertes del libro de Vanderkam, pues el tercer capítulo se ocupa de los descubrimientos arqueológicos más relevantes que nos permiten conocer mejor esta etapa. Así, se regala al lector una mirada panorámica a los papiros encontrados en Elefantina, a lo hallado en Qumrán y a la fortaleza de Masada.

Tras este capítulo, algo más breve que los demás, la obra concluye con uno mucho más amplio dedicado a los líderes, grupos e instituciones del *judaísmo temprano*. Esta parte, que se presenta como una especie de síntesis, se distribuye en cuatro grandes secciones, pues parece que las *instituciones* anunciadas en el título del capítulo se concretan en el culto y en la misma Escritura. Si bien el contenido de estas últimas páginas no puede considerarse novedoso, pues lo podemos encontrar en cualquier libro introductorio al Nuevo Testamento, sí que tiene el valor de concentrar, de manera sencilla y ordenada, la información básica y necesaria para familiarizarse con estas cuestiones.

El libro concluye con algunos mapas que tienen la ventaja de haber optado por la claridad. Frente a la profusión de datos, que complica la visión de los mapas y genera confusión, se ha preferido ofrecer sólo la información básica en cada uno de ellos. El libro de Vanderkam es, en definitiva, una obra accesible, bien fundamentada y que concentra, de manera sintética y clara, informaciones esenciales cuyo conocimiento no conviene dar por supuesto. Su carácter práctico y su utilidad son, sin duda, puntos fuertes que le otorgan cierto carácter de obra de consulta y convierten su lectura en una acción muy recomendable para todos.

IANIRE ANGULO ORDORIKA
Facultad de Teología, Universidad Loyola Andalucía
iangulo@uloyola.es

Jiménez Zamudio, Rafael. *Gramática de la lengua Acadia*. Textos Universitarios de Humanidades 26. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, 2024, 382 pp. ISBN: 978-84-19745-43-9.

Cuando hicimos aquí mismo la recensión, no mucho ha, de la *Nueva Gramática de Sumerio* del mismo autor —que conoció, por cierto, una segunda edición notablemente corregida y aumentada a los pocos años de su publicación—, insistimos en que el estudio de las lenguas bíblicas había sido recomendado por el Magisterio de la Iglesia desde el concilio de Viena (1312), con el fin, desde luego,

de penetrar en la recta inteligencia de la Sagrada Escritura. El aprendizaje de las lenguas originales y de versión, es decir, del griego, del hebreo y del latín, muy pronto se abrió a aquéllas que aparecieron bajo la cláusula de «lenguas orientales», entre las que se deben incluir, sin lugar a dudas, las que conforman el llamado «sustrato mesopotámico» de la Biblia, o, con otras palabras, el acadio y el sumerio. No podemos olvidar las alusiones, en este sentido, que se hallan en la encíclica *Providentissimus Deus* 39 (1893) y en la carta apostólica *Vigilantiae studiique* (1902), ambas de León XIII; en la carta apostólica *Quoniam in re Biblica* (1906) de Pío X y en la encíclica *Divino afflante Spiritu* 12 y 15 (1943) de Pío XII. Con este marco, es redundante insistir en la absoluta conveniencia de la aparición de obras como la presente.

La *Gramática de la lengua Acadia*, que el autor dedica a Ángel R. Garrido, sacerdote que fue de Madrid y maestro nutricio en estas lides de tantos profesores hodiernos, es la más trabajada y consistente de las que hasta la fecha se han publicado en español, siendo esta prerrogativa la primera que se le debe apuntar como loa. No parte de cero, sin embargo, el autor, pues en la sección que lleva por título *Instrumentos de trabajo* (pp. 19-22), ofrece una extensa lista de gramáticas acadias, como las de Buccellati, Caplice, Lancellotti, von Soden y Ungnad. Este reconocimiento explícito sitúa el volumen en la senda previa y le concede una indiscutible autoridad. También registra las antologías de textos, como las de Bauer, Borger, Dhorme, López Montero o la suya propia; los diccionarios, como los de Black – George – Postdate, Gelb, von Soden y, por supuesto, el CAD; a más de los silabarios y obras generales.

La *Gramática* posee un carácter didáctico sinigual y progresivo, útil para aquéllos que poseen ya conocimientos de otra lengua semítica, pero también para los que desean introducirse por sí mismos en la lengua acadia. Este carácter didáctico, que bajo ningún concepto está reñido con una falta de profundidad científica, se aprecia en la misma estructura del libro, que, tras el prólogo y la introducción, se compone de dieciocho lecciones gramaticales, a las que se añaden los paradigmas y dos apéndices. No olvida incluir glosarios, silabarios y mapas. La inserción de numerosos ejercicios en cada lección, así como el solucionario de los mismos al final, aquilatan esa distinción didáctica, tan presente en todas las obras del autor.

Especial relevancia cobra la lección primera que, por estar situada precisamente al principio, sienta las bases del desarrollo posterior. En la *introducción* se hace el esfuerzo por situar la lengua acadia dentro del grupo lingüístico del semítico. En este aspecto no hay especial variación con respecto a otros estudios previos. Quizá habría sido útil citar el clásico volumen de Moscati, *An Introduction to the Comparative Grammar of the Semitic Languages*, muy elocuente en estas cuestiones de afinidad genealógica. También se desciende a la dialectología propia del acadio (pp. 27-29), muy desarrollada. Se parte de los tres grandes dialectos: el antiguo acadio, el asirio y el babilonio, con sus correspondientes subdivisiones. Es interesante la asignación a cada dialecto de multitud de obras, como el caso del poema de *Gilgamesh* o el de *Enuma Elish*, bien situados en el babilonio estándar.

Después aparece una amplia digresión sobre la *escritura* (pp. 29-36), en la que se explican los inevitables conceptos de transcripción y normalización y los valores de los signos cuneiformes. Este tema se cierra con un útil introito a la fonética (pp. 36-49), con amplios apéndices sobre los principales fenómenos de esta índole, en especial, los habidos en el vocalismo y el consonantismo.

Los temas II y III (pp. 51-77) los dedica a la *morfología nominal*. En el primero de ellos se trata con detalle de la declinación, del género y del número, pero se introducen algunos aspectos ajenos a tales categorías, como el presente del verbo fuerte y el estudio de las llamadas preposiciones semíticas. Esto obedece al carácter progresivo de la gramática. En el segundo se avanza en los estados del nombre, entre los que, además del absoluto y del constructo, se detiene en lo que el Jiménez Zamudio llama «declinado». El tema IV (pp. 79-89) se centra en el difícil tema de la *morfología pronominal*, en el que no olvida una explicación convincente del ventivo, con abundantes ejemplos.

Como no puede ser de otra forma, las siguientes trece lecciones están dedicadas al estudio del complejo verbo acadio. Después de detenerse en las consideraciones generales, se desarrolla dicho estudio conforme a las clásicas categorías del verbo, a saber, las conjugaciones —o temas, como aparecen en la *Gramática*— G (básica, del alemán *Grundstamm*), Gt (recíproca o separativa), Gtn (iterativa), D (intensiva, del alemán *Doppelungstamm*), Š (causativa) y otras. Por otro lado, y esto nos parece de una ayuda capital, hay también una aproximación al verbo desde el punto de vista fonético como es común en el estudio de otras lenguas semíticas, como el hebreo. Así, después de haber tratado el verbo fuerte, la lección XIII está destinada a los verbos de tercera consonante débil (pp. 177-188), la lección XIV a los de segunda consonante débil (pp. 189-200), la lección XV a los de primera consonante débil (pp. 201-216) y así varias más. No podemos tampoco dejar de señalar como un hito las páginas dedicadas al estudio de los numerales (pp. 237-248).

Hay al final del volumen tres paradigmas: el de los nombres, el de los pronominales y el de los verbos. Agradecerá cualquier lector esta ayuda imponente, que tanto repaso y ajuste precisa. Los paradigmas verbales ocupan sólo ellos nueve páginas, es decir, dieciocho caras (pp. 255-272). Pero también dos apéndices, el de los nombres de los meses y escritura de números y medidas, así como el de características del babilonio estándar y del asirio. La conveniencia de la plasmación de las primeras es más que evidente, por ser, en sus palabras, «la lengua literaria que crearon de forma artificial los escribas, los cuales elaboraron sus obras a finales del segundo milenio y a lo largo del primero». Después, a modo de apéndice también, están los glosarios, las listas de logogramas, los signarios, el solucionario de los ejercicios y los mapas.

Esta recensión no retrata bien el inmensísimo trabajo que esconde la *Gramática* de Jiménez Zamudio. Quizá se dé por hecho, por ejemplo, que cada lección esté acompañada de ejercicios de aplicación. Esta aportación, sin embargo, sólo la puede realizar quien ha tenido contacto con los textos originales de los

monumentos literarios mesopotámicos. No podemos dejar de manifestar que el autor de esta obra ha publicado las traducciones al español de los poemas de *Gilgamesh* y de *Enuma Elish*, siempre a partir del texto cuneiforme original, además de sus *Antologías de textos acadios y sumerios*, de sumo sentido práctico y novedad absoluta. Los ejercicios, por tanto, están perfectamente calibrados y constituyen un instrumento para el docente y el discente inigualable, siendo original en el ámbito de las gramáticas de las lenguas semíticas.

La *Gramática de la lengua Acadia*, en definitiva, supera con creces a la mayoría de las que han sido publicadas. Supone, desde luego, una obra sin rival —*la šá-na-an*, como se decía del rey Senaquerib sobre su realeza (PSCh I, 10)—, a la que no podemos, ni queremos, dejar de ponderar y, por supuesto, de agradecer. No dudamos, en fin, que quedará convertida en una obra clásica y de referencia, imprescindible en la enseñanza del acadio y obligatoria para poder adentrarse en el trasfondo mesopotámico de la Biblia.

ROBERTO LÓPEZ MONTERO
Universidad Pontificia Comillas
rlopezm@comillas.edu